

Marcel Proust

En busca del tiempo perdido

6. La fugitiva

Traducción de Consuelo Berges



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *À la recherche du temps perdu*,
6. *La Fugitive*

Primera edición: 1968
Tercera edición: 2011
Quinta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: *Mujer bajando una escalera junto a unas flores* (detalle). 1915
© Bettmann / CORBIS
Selección de imagen: Alicia Fuentes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Fundación Consuelo Berges
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1968, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-0000-0 (O. C.)
ISBN: 978-84-206-5363-1
Depósito legal: B. 8.967-2011
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Nota de la Traductora

En la edición de La Pléiade, de la que traducimos, el título *Albertine disparue* con que se había venido publicando este sexto tomo de *À la recherche du temps perdu* ha sido sustituido por *La Fugitive*, uno de los que Proust pensó darle.

«¡Mademoiselle Albertina se ha marchado!» ¡Qué lejos va el dolor en psicología! Más lejos que la psicología misma. Hace un momento, analizándome, creía que esta separación sin habernos visto era precisamente lo que yo deseaba, y, comparando los pobres goces que Albertina me ofrecía con los espléndidos deseos que me impedía realizar (y que, en la seguridad de su presencia en mi casa, presión de mi atmósfera moral, ocupaban mi alma en primer plano, pero que, a la primera noticia de que se había marchado, ni siquiera podían enfrentarse con ella, pues se esfumaron inmediatamente), había llegado, muy sutil, a la conclusión de que no quería volver a verla, de que ya no la amaba. Pero aquellas palabras —«mademoiselle Albertina se ha marchado»— acababan de herirme con un dolor tan grande que no podría, pensaba, resistirlo mucho tiempo; había que cortarlo inmediatamente; tierno conmigo mismo como mi madre con mi abuela moribunda, con esa buena voluntad que ponemos en no dejar que sufra el ser amado, me decía:

«Ten un poquito de paciencia, tranquilízate, ya verás cómo se te pasa, no te dejaremos sufrir así». Y, adivinando confusamente que si un momento antes, cuando yo no había llamado todavía, la marcha de Albertina habría podido parecerme indiferente, incluso deseable, era porque la creía imposible, y por este camino buscó mi instinto de conservación los primeros calmantes para mi herida abierta: «No tiene ninguna importancia, porque la haré volver en seguida. Ya veré cómo, pero, sea como sea, estará aquí esta noche. Así que no hay por qué atormentarse: No tiene ninguna importancia.» Y no me lo dije para mí solo: procuré que así lo creyera Francisca no dejándole ver mi dolor, porque ni aun en el instante en que mi dolor era más violento olvidaba mi amor que le convenía parecer un amor feliz, un amor compartido, y parecérselo sobre todo a Francisca, que, como no quería a Albertina, había dudado siempre de su sinceridad.

Sí, un momento antes de que entrara Francisca, yo creía que no amaba a Albertina; creía que lo había analizado todo exactamente, sin olvidar nada; creía conocer bien el fondo de mi corazón. Pero nuestra inteligencia, por lúcida que sea, no puede percibir los elementos que la componen y permanecen ignorados, en un estado volátil, hasta que un fenómeno capaz de aislarlos les imprime un principio de solidificación. Me había equivocado creyendo ver claro en mi corazón. Pero este conocimiento, que las más finas percepciones de la inteligencia no habían sabido darme, me lo acababa de traer, duro, deslumbrante, extraño, como una sal cristalizada, la brusca reacción del dolor.

Tan habituado como estaba a ver junto a mí a Albertina y ahora, de pronto, veía una nueva faz del Hábito. Hasta ahora lo había considerado, sobre todo, como un poder des-

tructor que suprime la originalidad y hasta la consciencia de las percepciones; ahora lo veía como una divinidad temible, tan incorporada a nosotros mismos, tan incrustado en nuestro corazón su rostro insignificante, que si se despega, o si se aparta de nosotros, aquella deidad que antes apenas distinguíamos nos inflige sufrimientos más terribles que otra ninguna y se torna entonces tan cruel como la muerte.

Lo más urgente era leer su carta, puesto que quería buscar los medios de hacerla volver. Yo creía tenerlos, porque, como el futuro es lo que no existe aún más que en nuestro pensamiento, nos parece todavía modificable mediante la intervención *in extremis* de nuestra voluntad. Pero al mismo tiempo recordaba que había visto actuar sobre el futuro otras fuerzas ajenas a la mía y contra las cuales no habría podido nada, ni aun disponiendo de más tiempo. ¿De qué sirve que no haya llegado aún la hora, si no podemos nada sobre lo que ha de ser? Cuando Albertina estaba en casa, yo estaba completamente decidido a conservar la iniciativa de nuestra separación. Y ella se había marchado. Abrí la carta de Albertina. Decía así:

«Perdóname, querido amigo, que no me haya atrevido a decirte de viva voz las pocas palabras que te voy a escribir; pero soy tan cobarde, he tenido siempre tanto miedo delante de tí, que, por mucho que me esforcé, no tuve el valor de hacerlo. Lo que quería decirte es esto: es imposible que sigamos viviendo juntos; tú mismo has visto por tu algarada de la otra noche que algo había cambiado en nuestras relaciones. Lo que esa vez pudo arreglarse resultaría irreparable dentro de unos días. Así que, ya que hemos tenido la suerte de reconciliarnos, es mejor que nos separemos

como buenos amigos; por eso, querido, te mando estas letras, y te ruego que seas bueno y me perdones si te doy un poco de pena, pensando en lo inmensa que será la mía. Grandote mío, no quiero llegar a ser tu enemiga, bastante duro me será llegar a serte poco a poco, y bien pronto, indiferente. Así que, como mi decisión es irrevocable, antes de mandarte esta carta por Francisca le habré pedido mis baúles. Adiós. Te dejo lo mejor de mí misma.

Albertina»

Todo esto no significa nada, me dije, y hasta es mejor de lo que yo pensaba, pues como ella no piensa nada de lo que dice, se ve bien que sólo lo ha escrito para dar un buen golpe con el fin de que yo coja miedo. Hay que ponerse a lo más urgente, que Albertina vuelva esta noche. Es triste pensar que los Bontemps son gente pobretona que se sirven de su sobrina para sacarme el dinero. Pero ¿qué importa? Aunque tuviera que dar a madame Bontemps la mitad de mi fortuna para que Albertina esté aquí esta noche, siempre nos quedará bastante, a Albertina y a mí, para vivir agradablemente. Y al mismo tiempo calculaba si tendría tiempo de ir aquella mañana a encargar el yate y el Rolls Royce que deseaba, sin pensar siquiera, pues había desaparecido toda vacilación, que había podido parecerme poco sensato regalárselos. Aun en el caso de que no baste la adhesión de madame Bontemps, de que Albertina no quiera obedecer a su tía y ponga, para volver, la condición de que en lo sucesivo tendrá plena independencia, bueno, pues, por mucho que me duela, se la concederé; saldrá sola, como quiera. Hay que saber avenirse a los sacrificios, por dolorosos que sean, por lo que más nos importa, que, contra lo que aquella ma-

ñana me hacían creer mis razonamientos exactos y absurdos, era que Albertina viviera conmigo. Por otra parte, ¿puedo asegurar que dejarle aquella libertad me hubiera sido tan doloroso? Mentiría si lo dijera. Ya antes había sentido algunas veces que el sufrimiento de dejarle hacer el mal lejos de mí era quizá menor que aquella otra tristeza de notar que se aburría conmigo en mi casa. Claro que, en el momento de pedirme que la dejara ir sola a alguna parte, dejarle hacer lo que quisiera, con la idea de que había orgías organizadas, me resultaría durísimo. Pero decirle: «Toma nuestro barco, o el tren, y vete un mes a tal país que yo no conozco, donde no sabré nada de lo que haces», era cosa que me había tentado a menudo por la idea de que, lejos de mí y por comparación, me preferiría y estaría contenta al volver. Además, seguramente ella misma lo desea; seguramente no exige esta libertad y, por otra parte, no me será difícil rebajarla un poco ofreciendo cada día a Albertina placeres nuevos. No, lo que Albertina ha querido es que yo no fuese más insoportable con ella y, sobre todo –como le ocurrió a Odette con Swann–, que me decida a casarme con ella. Una vez casada, ya no le importará su independencia y nos estaremos los dos aquí, tan felices. Claro que esto era renunciar a Venecia. Pero ¡qué pálidas, qué indiferentes, qué muertas resultan las ciudades más deseadas –y, mucho más aún que Venecia, la duquesa de Guermantes, el teatro– cuando estamos unidos a otro corazón por una ligadura tan dolorosa que nos impide separarnos! Además, Albertina tiene muchísima razón en esto del matrimonio. La misma mamá encontraba ridículas todas estas demoras. Eso, casarme con ella, es lo que debí hacer hace mucho tiempo; por eso ha escrito esa carta sin pensar una palabra de lo que dice; para conseguir eso ha renunciado por unas horas a lo

que ella debe de desear tanto como yo: volver aquí. Sí, eso es lo que ha querido, ésa es la intención de lo que ha hecho, me decía mi razón compasiva; pero me daba cuenta de que, al decírmelo, mi razón se situaba siempre en la misma hipótesis que había adoptado desde el principio, y yo veía muy bien que la hipótesis siempre comprobada era la otra. Sin duda, esta segunda hipótesis no hubiera sido nunca lo bastante valiente para decir expresamente que Albertina pudo estar liada con mademoiselle Vinteuil y su amiga. Y, sin embargo, cuando al entrar en la estación de Incarville recibí el mazazo de esta terrible noticia, la hipótesis que se comprobó fue la segunda. Además, esta hipótesis no concibió nunca que Albertina pudiera dejarme por su propio impulso, de aquella manera, sin prevenirme y sin darme tiempo para impedirselo. Pero, de todos modos, si, después del nuevo y enorme salto que la vida acababa de hacerme dar, la realidad que se me imponía era tan nueva para mí como la que nos presentan el descubrimiento de un físico, las pesquisas del juez de instrucción o los hallazgos de un historiador sobre los motivos secretos de un crimen o de una revolución, esa realidad rebasaba las pobres previsiones de mi segunda hipótesis, pero, sin embargo, las confirmaba. Esta segunda hipótesis no era la de la inteligencia, y el miedo pánico que tuve la noche en que Albertina no quiso besarme, la noche en que oí el ruido de la ventana, aquel miedo no era razonable. Pero –como muchos episodios han indicado ya y los siguientes confirmarán– el hecho de que la inteligencia no sea el instrumento más sutil, el más poderoso, el más adecuado para llegar a la verdad, no es sino una razón más para comenzar por la inteligencia y no por un intuitivismo del inconsciente, por una fe ciega en los presentimientos. Es la vida la que, poco a poco, caso por caso, nos permite comprobar que lo que es

más importante para nuestro corazón, o para nuestro espíritu, no nos lo enseña el razonamiento, sino otras potencias. Y entonces la inteligencia misma, dándose cuenta de la superioridad de estas potencias, abdica, por razonamiento, ante ellas y se presta a ser su colaboradora y su sirviente. Fe experimental. La imprevista desgracia con la que me encontraba me parecía conocerla ya (como la amistad de Albertina con las dos lesbianas) por haberla leído en tantas señales en las que (a pesar de las afirmaciones contrarias de mi razón, basadas en lo que la misma Albertina decía) notaba la lasitud, el horror que le daba vivir así como una esclava. ¡Cuántas veces había creído ver escritas estas señales, como con tinta invisible, detrás de los ojos tristes y sumisos de Albertina, de sus mejillas súbitamente teñidas de inexplicable rubor, en el ruido de la ventana bruscamente abierta! Claro que no me había atrevido a interpretarlas hasta el fin y a hacerme expresamente la idea de su marcha repentina. Equilibrada el alma por la presencia de Albertina, sólo pensé en una marcha dispuesta por mí para una fecha indeterminada, es decir, situada en un tiempo inexistente; en consecuencia, era sólo la ilusión de pensar en una partida, como esas personas que se figuran que no temen a la muerte cuando piensan en ella estando sanos y en realidad no hacen más que introducir una idea puramente negativa en el seno de una buena salud que precisamente la proximidad de la muerte alteraría. Por otra parte, aunque se me hubiera ocurrido mil veces y con la mayor claridad del mundo, la idea de la marcha de Albertina, jamás habría sospechado lo que sería para mí en realidad esta marcha, qué cosa tan original, tan desconocida, qué mal tan enteramente nuevo. Si la hubiera previsto habría podido pensar constantemente en ella durante años sin que, unidos cabo con cabo todos

estos pensamientos, tuvieran la menor relación no sólo de intensidad, sino de semejanza con el inimaginable infierno del que Francisca me levantó el velo al decirme: «Mademoiselle Albertina se ha marchado». La imaginación, para representarse una situación desconocida, toma elementos desconocidos y por eso no se la representa. Pero la sensibilidad, aun la más física, recibe, como el paso del rayo, la firma original, e indeleble por mucho tiempo, del nuevo acontecimiento. Y apenas me atrevía a decirme que, si hubiera previsto aquella marcha, quizá habría sido incapaz de representármela en todo su horror ni aun de impedir la amenazando, suplicando, en el caso de que Albertina me la hubiera anunciado. ¡Qué lejos de mí ahora el deseo de Venecia! Como, tiempo atrás en Combray, el de conocer a madame de Guermites cuando llegaba la hora en que sólo quería una cosa: tener a mamá en mi cuarto. Y, en realidad, todas las inquietudes sentidas desde mi infancia, llamadas por mi angustia nueva, acudían a reforzarla, a amalgamarse con ella en una masa homogénea que me aplastaba.

Cierto que ese golpe físico que al corazón asesta una separación así y que, por ese terrible poder de registro que tiene el cuerpo, hace del dolor algo contemporáneo a todas las épocas de nuestra vida en que hemos sufrido; cierto que ese golpe asestado al corazón y sobre el que quizá (pues tan escasamente nos preocupa el dolor ajeno) especula un poco la que desea dar a la añoranza la máxima intensidad, bien porque la mujer, amagando sólo una falsa huida, pretenda únicamente requerir mejores condiciones, o bien porque, partiendo para siempre —¡para siempre!—, desee, por venganza o por seguir siendo amada, desee hacer daño, o bien (para realzar la calidad del recuerdo que dejará) por romper violentamente esa red de lasitudes, de indiferencia, que

ha notado tejerse; cierto que nos habíamos dicho, que nos habíamos prometido separarnos a bien. Pero es rarísimo separarse a bien, pues si se estuviera a bien no habría separación. Y además la mujer con la que nos mostramos más indiferentes nota de todos modos, oscuramente, que la misma costumbre que nos hace cansarnos de ella nos une a ella cada vez más, y piensa que uno de los elementos esenciales para separarse a bien es marcharse advirtiendo al otro. Pero tiene miedo de impedirlo si avisa. Toda mujer siente que, cuanto mayor es su poder sobre un hombre, el único medio de marcharse es huir. Fugitiva por reina, así es. Cierto que hay un intervalo increíble entre la lasitud que inspiraba hace un momento y, porque se ha marchado, esta necesidad furiosa de volver a verla. Pero esto tiene sus razones, además de las expuestas a lo largo de esta obra, y de otras que se expondrán más adelante. En primer lugar, la partida suele tener lugar en el momento en que es mayor la indiferencia –real o imaginada–, en el punto extremo de la oscilación del péndulo. La mujer se dice: «No, esto no puede seguir así», precisamente porque el hombre no habla más que de dejarla, o piensa en ello, y es ella la que se va. Entonces, como el péndulo vuelve al extremo opuesto, el intervalo es más grande. En un segundo vuelve a este punto; una vez más, al margen de todas las razones dadas, ¡es tan natural! El corazón palpita y, por otra parte, la mujer que se ha marchado ya no es la misma que la que estaba aquí. A su vida con nosotros, demasiado conocida, se agregan de pronto las vidas con las que ella va a mezclarse inevitablemente, y acaso nos ha dejado precisamente para mezclarse con ellas. De suerte que esta riqueza nueva de la vida de la mujer que se va actúa retroactivamente en la mujer que estaba con nosotros y acaso premeditaba su partida. A la serie de los he-

chos psicológicos que podemos deducir y que forman parte de su vida con nosotros, de nuestra lasitud demasiado visible para ella, de nuestros celos también (y que hace que los hombres que han sido abandonados por varias mujeres lo han sido casi siempre de la misma manera por su carácter y por reacciones siempre idénticas que se pueden calcular: cada cual tiene su manera propia de ser traicionado, como la tiene de acatarrarse), a esa serie, no demasiado misteriosa para nosotros, correspondía sin duda una serie de hechos que ignorábamos. Debía de mantener desde hacía algún tiempo relaciones escritas o verbales, a través de mensajes, con algún hombre o con alguna mujer; debía de estar esperando alguna señal que quizá dimos nosotros mismos, sin saberlo, diciéndole: «Ayer vino a verme M. X...», si había convenido con M. X... que éste vendría a verme la víspera del día en que se iban a marchar juntos. ¡Cuántas hipótesis posibles! Posibles solamente. Tan bien construía yo la verdad, pero solamente en lo posible, que una vez que abrí por error una carta dirigida a una de mis amantes, carta escrita con clave y que decía: «Espera señal para ir a casa del marqués de Saint-Loup, avisa mañana por teléfono», reconstituí una especie de fuga proyectada; el nombre del marqués de Saint-Loup quería decir allí otra cosa, pues mi amante no conocía a Saint-Loup, pero me había oído hablar de él y además la firma era una especie de sobrenombre, sin ninguna forma de lenguaje. Y resultó que la carta no iba dirigida a mi amante, sino a una persona de la casa que tenía un nombre diferente, pero que lo habían leído mal. La carta no estaba escrita en clave, sino en mal francés, porque era de una americana efectivamente amiga de Saint-Loup, como éste me dijo después. Y la extraña manera que tenía aquella americana de escribir ciertas letras había dado el aspecto de

un apodo a un nombre perfectamente real, pero extranjero. De modo que aquel día me equivoqué de punta a cabo en todas mis sospechas. Pero la armazón intelectual que en mí mente había relacionado aquellos hechos, falsos todos, era en sí misma la forma tan justa, tan inflexible de la verdad que cuando, pasados tres meses, me dejó mi amante (que en el momento de la carta pensaba pasar conmigo toda su vida), lo hizo de manera absolutamente idéntica a la que yo imaginé la primera vez. Llegó una carta con las mismas particularidades que yo había atribuido erróneamente a la primera, pero esta vez con el sentido de la señal, etc.

Era la desgracia más grande de toda mi vida. Y a pesar de todo, mayor aún que el dolor que me causaba era quizá la curiosidad de conocer las causas que lo produjeron: quién era la persona con la que Albertina había querido irse, con la que se había ido. Pero las fuentes de estos grandes acontecimientos son como las de los ríos: ya podemos recorrer la superficie de la tierra, que no damos con ellas. ¿Había premeditado Albertina mucho tiempo su fuga? No he dicho (porque entonces me parecía solamente amaneramiento y mal humor, lo que Francisca llamaba «estar de morros») que desde el día en que dejó de besarme tenía un aire como de *porter le diable en terre*¹, muy derecha, parada, con una voz triste en las cosas más sencillas, lenta en sus movimientos, sin sonreírse nunca. No puedo decir que ningún hecho indicara ninguna connivencia con el exterior. Bien es verdad que Francisca me contó después que la antevíspera de la marcha de Albertina entró ella en su cuarto, no vio a nadie en él y las cortinas estaban cerradas, pero, por el olor del aire y por el ruido, notó que la ventana estaba abierta.

1. *Porter le diable en terre*: 'tener un aspecto siniestro', 'sombrio'. (N. de la T.)

Y, en efecto, Albertina estaba asomada al balcón. Pero no se ve con quién hubiera podido comunicarse desde allí y, por otra parte, las cortinas cerradas sobre la ventana abierta se explicaban porque Albertina sabía que yo temía las corrientes de aire y, aunque las cortinas no me protegieran mucho de ellas, impedirían a Francisca ver desde el pasillo que los postigos estaban abiertos tan temprano. No, no veo nada en esto, sólo un pequeño detalle que demuestra únicamente que, la víspera, Albertina sabía que se iba a marchar. En efecto, la víspera cogió en mi cuarto, sin que yo lo notase, una gran cantidad de papel y de arpillera de embalaje que había en él, con lo cual se pasó toda la noche empaquetando peinadores y batas para marcharse por la mañana. Ningún otro detalle. No puedo dar importancia a que, aquella noche, me devolvió casi a la fuerza mil francos que me debía; esto no tiene nada de particular, pues era muy escrupulosa en las cosas de dinero.

Sí, fue la víspera cuando cogió el papel de embalaje, pero que se marchaba no lo sabía sólo desde la víspera. Pues no fue el disgusto lo que la movió a marcharse: fue la resolución de marcharse, de renunciar a la vida que había soñado, lo que le dio aquel aire de disgusto. Disgusto casi solemnemente frío conmigo, menos la última noche, pues la última noche, después de quedarse conmigo más tiempo del que ella quería –lo que me extrañaba en ella, que siempre quería prolongar la despedida–, me dijo desde la puerta: «Adiós, pequeño; adiós, pequeño». Mas, por el momento, no me di cuenta. Francisca me contó que a la mañana siguiente, cuando Albertina le dijo que se marchaba (y, de todos modos, esto se explica también por el cansancio, pues no se había desnudado y había pasado toda la noche embalando, excepto las cosas que tenía que pedir a Francis-

ca y que no estaban en su cuarto y en su tocador), estaba todavía tan triste, tan rígida, tan inexpresiva como los días anteriores, tanto que, cuando le dijo: «Adiós, Francisca», Francisca creyó que se caía. Cuando nos enteramos de estas cosas comprendemos que la mujer que ahora nos gustaba mucho menos que todas las que tan fácilmente se encuentran en cualquier paseo; la mujer que por ellas queríamos dejar, es, por el contrario, la que preferimos mil veces a todas. Pues ya no se trata de elegir entre cierto placer —que, por el uso, y acaso por la poca importancia del objeto, ha llegado a ser casi nulo— y otros placeres tentadores, deliciosos, sino entre estos placeres y algo mucho más fuerte que ellos, la compasión por el dolor.

Al prometerme a mí mismo que Albertina estaría en la casa aquella misma noche, no hice sino acudir a lo más urgente y sustituir con la venda de una creencia nueva la que me había servido para vivir hasta entonces. Pero, por rápidamente que reaccionara mi instinto de conservación, cuando Francisca me habló me quedé desamparado un instante, y aunque ahora supiera que Albertina estaría en casa por la noche, el dolor que sentí antes de notificarme a mí mismo este retorno (en el momento que siguió a estas palabras: «Mademoiselle Albertina pidió sus baúles, mademoiselle Albertina se ha marchado»), aquel dolor renacía por sí mismo en mí lo mismo que había sido, es decir, como si yo ignorase todavía el próximo retorno de Albertina. Además tenía que volver, pero por sí misma. En todas las hipótesis, dar un paso visible para que volviera, rogarle que volviera sería contraproducente. La verdad es que yo no tenía ya valor para renunciar a ella como lo tuve con Gilberta. Más aún que volver a ver a Albertina, lo que quería era poner fin a la angustia física que mi corazón, más enfermo que enton-

ces, ya no podía soportar. Además, a fuerza de acostumbrarme a no querer, tratárase del trabajo o de otra cosa, me había vuelto más cobarde. Pero, sobre todo, aquella angustia era incomparablemente más fuerte, por muchas razones, la más importante de las cuales no era quizá que nunca había gozado de un placer sensual con madame de Guermantes y con Gilberta, sino que, como no las veía todos los días, a todas horas, como no tenía la posibilidad y, por consiguiente, la necesidad de hacerlo, en mi amor por ellas había que rebajar la inmensa fuerza del Hábito. Ahora que mi corazón, incapaz de querer y de soportar voluntariamente el sufrimiento, no encontraba más que una solución posible: el retorno de Albertina a todo trance, acaso la solución opuesta (el renunciamiento voluntario, la resignación paulatina) me hubiera parecido una solución de novela, inverosímil en la vida, si yo mismo no hubiera optado por ella en otro tiempo, cuando se trataba de Gilberta. Yo sabía, pues, que esta otra solución podía ser aceptada también y por un solo hombre, pues yo seguía siendo aproximadamente el mismo. Pero el tiempo había hecho su labor, el tiempo que me había envejecido, el tiempo también que había puesto a Albertina perpetuamente a mi lado cuando hacíamos nuestra vida común. Pero al menos, sin renunciar a ella, lo que me quedaba de lo que había sentido por Gilberta era el orgullo de no querer ser para Albertina un juguete despreciable mandando a suplicarle que volviera; quería que volviera sin demostrar yo que me interesaba que volviera. Me levanté para no perder tiempo, pero el dolor me paralizó: era la primera vez que me levantaba desde que Albertina se había ido. Y tenía que vestirme en seguida para ir a interrogar a la portera sobre Albertina.

El dolor, prolongación de un choque moral impuesto, aspira a cambiar de forma; esperamos volatilizarlo haciendo

proyectos, preguntando detalles; queremos que pase por sus innumerables metamorfosis, lo que exige menos valor que conservar el sufrimiento tal como es; este hecho nos parece tan angosto, tan duro, tan frío, que nos acostamos con nuestro dolor. Me puse en pie; avanzaba en la habitación con infinita prudencia, situándome de manera que no viese la silla de Albertina, la pianola en cuyos pedales apoyaba ella sus chinelas de oro cualquiera de los objetos que ella había usado y que, todos, en el lenguaje especial que les habían enseñado mis recuerdos, parecían querer darme una traducción, una versión diferente, anunciarme por segunda vez la noticia de su partida. Pero, sin mirarlos, los veía. Me abandonaron las fuerzas, me derrumbé sentado en una de aquellas butacas de raso azul en las que, una hora antes, en el claroscuro de la habitación anestesiada por un rayo de luz, la irisación me había inspirado sueños apasionadamente acariciados entonces, tan lejos de mí ahora. Pero hasta entonces no me había sentado en aquellas butacas más que cuando Albertina estaba todavía allí. Me levanté; y así, a cada momento, surgía alguno de los innumerables y humildes yos de los que estamos hechos que ignoraba todavía la marcha de Albertina y había que notificársela; había que anunciar la desgracia que acababa de ocurrir a todos esos seres, a todos esos yos que aún no lo sabían –lo que era más cruel que si hubieran sido unos extraños y no hubieran tornado mi sensibilidad para sufrir–; era preciso que cada uno de ellos fuera oyendo por primera vez estas palabras: «Albertina pidió sus baúles» (aquellos baúles en forma de ataúd que yo había visto cargar en Balbec junto a los de mi madre), «Albertina se ha marchado». Tenía que notificar a cada uno mi pena, la pena que no es en modo alguno una conclusión pesimista libremente sacada de un conjunto de circunstancias funestas, sino la revivis-

cencia intermitente e involuntaria de una impresión específica, venida de fuera y que no hemos elegido. A algunos de estos yos no los había visto desde hacía mucho tiempo. Por ejemplo (no había pensado que era el día del peluquero), el «yo» que yo era cuando me estaban cortando el pelo. Este yo que había olvidado me hizo llorar cuando llegó, como cuando llega a un entierro un viejo sirviente retirado que conoció al difunto. Después recordé de pronto que, desde hacía ocho días, me asaltaban de vez en cuando unos terrores pánicos que no me había confesado a mí mismo. Sin embargo, en esos momentos discutía diciéndome: «Descartada la hipótesis de que se marche de pronto. Es absurdo. Si yo se la dijera a un hombre sensato e inteligente (y lo habría hecho, por tranquilizarme, si los celos no me hubieran impedido hacer confidencias), seguramente me habría dicho: “Pero estás loco. Eso es imposible”. (Y, en realidad, no habíamos tenido ni una sola riña.) Se va uno por algún motivo, se dice el motivo. Se concede el derecho a contestar, no se va nadie así, no, es una niñería. Es la única hipótesis absurda.» Y, sin embargo, todos los días, al encontrarla por la mañana cuando llamaba, lanzaba un inmenso suspiro de alivio. Y cuando Francisca me entregó la carta de Albertina, tuve inmediatamente la seguridad de lo que no podía ser, de aquella partida en cierto modo percibida varios días antes, a pesar de las razones lógicas para estar tranquilo. Me había dicho, casi con una satisfacción de perspicacia en mi desesperación, como un asesino que sabe que no podrá ser descubierto, pero que tiene miedo y que de pronto ve escrito el nombre de su víctima al frente de un sumario en el despacho del juez de instrucción que le ha citado¹...

1. Frase sin terminar en el manuscrito. (*N. de la ed. de La Pléiade.*)

Mi única esperanza era que Albertina se hubiera ido a Turena, a casa de su tía, donde, al fin y al cabo, estaba bien vigilada y no podría hacer gran cosa de aquí a que yo la trajese. Lo que más temía era que se hubiera quedado en París o se hubiera ido a Amsterdam o a Montjouvain, es decir, que se hubiera escapado para dedicarse a alguna intriga cuyos preliminares me habían pasado inadvertidos. Pero, en realidad, al decirme París, Amsterdam, Montjouvain, es decir, varios lugares, pensaba en lugares que eran sólo posibles; por eso, cuando la portera de Albertina contestó que se había ido a Turena, esta residencia que yo creía desear me pareció la peor de todas, porque era real y, por primera vez, torturado por la certidumbre del presente y la incertidumbre del futuro, me figuraba a Albertina iniciando una vida que ella había deseado separada de mí, quizá por mucho tiempo, quizá para siempre, y en la que realizaría lo desconocido que tanto me perturbaba en otro tiempo, cuando tenía, sin embargo, la dicha de poseer, de acariciar lo que era el exterior, aquel dulce rostro impenetrable y captado¹. Era lo desconocido lo que constituía el fondo de mi amor. En cuanto a Albertina misma, apenas existía en mí

1. Ante la puerta de Albertina encontré una niña pobre que me miraba con unos grandes ojos y que tenía una expresión tan buena que le pregunté si quería venir a mi casa, como hubiera hecho con un perro de mirada fiel. Pareció contenta. En la casa la mecí un rato sobre mis rodillas, pero enseguida su presencia, que me hacía sentir demasiado la ausencia de Albertina, me fue insoportable, y le rogué que se marchara, después de darle un billete de quinientos francos. Pero muy pronto la idea de tener alguna niña junto a mí, de no estar nunca solo sin el auxilio de una presencia inocente, fue el único pensamiento que me permitió soportar la idea de que quizá Albertina pasara algún tiempo sin volver. [La edición de *La Pléiade* desglosa a pie de página este fragmento, advirtiendo que en el manuscrito se encuentra en un papel marginal inserto por Proust después de *captado*, pero que rompe la ilación con lo que sigue. (*N. de la T.*)]